

EL BARRILETE Y EL VAGÓN
FABIÁN PINTOS Y MATÍAS WALLACE

Leonel García



Los recuerdos apenas precisan un disparador. Fabián Pintos (45) y Matías Wallace (36) se vuelven a ver tras mucho tiempo, quizá tras verse sin mirarse por las calles de Casavalle, y todo lo compartido aflora. Ayuda, claro está, la presencia de Lorena Briozzo, esa socióloga que fue una de las impulsoras del proyecto Barrilete de El Abrojo, ese que proponía una idea revolucionaria para tratar con consumidores de drogas: la reducción de daños, el trabajar con ellos, el concientizar, el enseñar y aprender.

Todo era muy complicado en el convulsionado Uruguay de principios de este siglo, cuando la peor crisis económica se avecinaba, surgía la pasta base y nadie parecía poner demasiada atención a un barrio como Casavalle, considerado zona roja. Igual que ahora.

Fabián y Matías, más locuaz el primero, más emotivo el segundo, hablan de irse a comer una cazuela. Ambos están desocupados. El primero hoy revuelve depósitos de chatarra para parar la olla en su casa en Plácido Ellauri. El segundo, oficial soldador, no está teniendo suerte con la rutina del lunes de repartir currículums donde sea. Uno de ellos, no viene al caso cuál, se está haciendo la diaria como le permita la calle. Pero ahora están sonriendo con los recuerdos: está la canción “Consumo cuidado”, está “esa de Fito Páez” (“Cable a tierra”, la de “...si ya metiste demasiado en tu nariz...”), está ese camping en Rocha, donde ambos conocieron la costa oceánica ya de adultos, está la inédita experiencia de ir a la presentación de un libro, está ese abrir la cabeza, ese encontrar un espacio, esa forma de entender que había un mundo más allá después de bulevar Aparicio Saravia y San Martín.

Fabián llegó a El Abrojo recién operado de una hernia peritoneal. Por supuesto estaba fumado. El porro era su gran amigo —lo sigue siendo— 16 o 17 años atrás. Antes también había pasado por cocaína y pasta base. “Todo por curiosidad, siempre uso recreativo”. Lorena le invitó a acercarse al “vagón”, un vagón de tren en Burgues y Aparicio Saravia, al lado de la casa de Aída, toda una referente barrial, donde funcionaba el proyecto. Hacía poco que el ómnibus Leyland había quedado atrás. “Muchos se reían de mí porque tenía una faja puesta.”

De aquel tiempo, Fabián recuerda que había en el lugar una mesa de ping-pong. Era un llamador. “Si ponés algo en un barrio donde no hay nada, donde solo hay delincuencia y nadie se preocupa por lo que le pasa al vecino, ya generarás algo. Para empezar, generarás comunidad.” El otro llamador, sobre todo para los más chicos, era el café y los bizcochos. Pero también habían normas de convivencia: ahí no había drogas ni armas, había talleres y respeto, había diálogo. Fabián recuerda a Matías, a Nelson, a Nancy, a Hugo, a Rosquita y al Jona, uno que perdió la vida hace poco en una balacera. Ya entonces no eran raros esos episodios: “Más de una vez los de El Abrojo tuvieron que quedarse escondidos en el vagón por culpa de una balacera”.

Y estaban “los” de El Abrojo, la también socióloga Roxana Fernández, la médica toxicóloga Cecilia Dell’Acqua, Lorena...

“El vagón era un lugar de encuentro. Era un grupo de gente que consumía drogas que nos juntábamos y hablábamos de nuestros problemas. A mí me servía mucho... mi hija no se crió conmigo y para mí ese era un tema muy fuerte. Yo llegaba un momento en que no me aguantaba, me ponía a llorar. Me decían que me bajaba y que luego volviera”, dice Fabián, padre de una mujer hoy de 22 años que le ha dado dos nietos.

“Para mí, El Abrojo fue una experiencia bárbara. Algo que me hizo abrir la cabeza. Me quedan los vínculos, las amistades, las experiencias...” Fabián no precisa mucho estímulo para hablar; muy pronto se convierte en el centro de la reunión. “Yo nunca había ido, por ejemplo, a la presentación de un libro...” Eso fue en 2003, *Historias de picos* de Roberto Abadie, en el Hotel Sheraton de Punta Carretas, parte de cuyas ventas iría a las arcas de El Abrojo.

Era un libro sobre consumo de drogas intravenosas. Matías y Fabián nunca habían ido a un lugar tan distinto a Casavalle. Recuerdan haber compartido ascensor con el entonces embajador de Estados Unidos “y dos gorilas grandes así” que hacían de guardaespaldas. “Y sobre el final de la presentación, este tipo (señala a un risueño Matías) pide la palabra y dice: ‘Le queremos agradecer al autor, porque nos va a ayudar a nosotros, que somos de Los Palomares’. ¡Y todo el mundo quedó así! (hace el gesto de retraerse en la silla)”.

Fabián, que ríe, recuerda que lloraba. A Matías, que también ríe, directamente, se le humedecen los ojos con los recuerdos. Él se vinculó a El Abrojo cuando todavía estaba el Leyland, antes del vagón. Lo atrajo la mesa de ping-pong, la confianza que le generaban las personas y su propia problemática. “Tomaba hasta por los codos, nunca superé la muerte de mi vieja y me crié en la calle. A los ocho años ya estaba en la calle.” Su hijo —el único que tiene hasta ahora— estaba por venir en esa época, su pareja vivía con su madre y él estaba en situación de calle. Ha estado en la cárcel, también estuvo en un ala del Hospital Maciel que, en los años previos al Portal Amarillo, era poco menos que el único lugar público del país donde se atendían personas con problemas de consumo.

“No estaba dando estar todo el día drogado, se me venía el mundo encima”, recuerda Matías. “Y con esta gente me sirvió poder comunicarme, desahogarme, saber que llorar tam-

bién puede ser cosas de hombre. Todavía no estaba el núcleo bien formado, el grupo, pero ya había charlas individuales con psicólogos, sociólogos, médicos...”

A través de El Abrojo, Matías consiguió que en el Hospital Pereira Rossell le hicieran una ecografía a su pareja, cuando su hijo —no esperado y tampoco deseado— estaba por venir. Uno de los adultos responsables le había dado un consejo: “Escuchalo antes de tomar una decisión”. Le hizo caso y escuchó el recién formado corazón de un niño. Ni bien salieron, alguien se le acercó para ofrecerle Cytotec, una pastilla abortiva. Matías invitó a su mujer de ir a la rambla. “No te lo quites, por favor”, se animó a decirle. Nunca se arrepintió de esa decisión.

“Yo rompí la coraza. Sobre el consumo... seguí pero no como antes, ahora es por recreación. Antes era una cosa impulsiva... marihuana, cocaína y cuando estaba el boom, la pasta base, que se cocinaba con amoníaco o bicarbonato... El Abrojo me hizo descubrir que todos los problemas tienen solución. Que lo único que no tiene solución es la muerte...”

Doble senda

La dinámica tenía dos caminos. Desde El Abrojo informaban, mostraban otra realidad, cuestionaban. Combinaban el trabajo en comunidad con el educativo. “Queramos generar un lugar, un punto de encuentro, un espacio terapéutico fuera de la clínica”, dice Lorena. Además, Mahoma iba a la montaña. Lorena es una de las pocas personas que ha traspasado el portón de la casa de Fabián, en Plácido Ellauri. Y así en otros lados. El trabajo con las drogas siempre era desde la perspectiva de la reducción de daños y eso no siempre era del todo entendido. En instituciones como los liceos de la zona no gustaba esa óptica y debieron retirarse.

“Nosotros queríamos generar el encuentro sin que ellos

lo vivieran como que alguien venía a decirles ‘no tenés que consumir’. Queríamos demostrarles que no veníamos a decir qué hacer sino a trabajar juntos”, agrega la socióloga.

“Yo creo que aprendimos la importancia del abrazo... que un abrazo valía más que mil palabras”, ejemplifica Fabián.

Pero el aprendizaje iba y venía. No solo porque el personal técnico era interpelado por frases del estilo “¿Vos cómo te pensás que serías si vivieras acá?”. También por los reclamos. El principal era trabajo.

“Era lo que siempre reclamamos. El trabajo te saca del barrio, te saca del ocio, que cuando te limitás a él es un círculo cerrado. Ocupas la cabeza en otra cosa”, dice Fabián, con lógica incuestionable. Así, a través de contactos, vínculos y convenios, Matías trabajó en alumbrado público, desguazó barcos, estuvo en la construcción; Fabián fue sereno en el estadio Arenas de Plata, luego lavó chapas en Ancap, donde llegó incluso a manejar una amoladora. Aprendieron que primero se llena la heladera y luego, si sobra algo, se compra algo para consumir.

Y lo otro fue el campamento.

Los programas de El Abrojo solían interactuar entre sí. La gente de Barrilete notó, con desazón, luego de esas experiencias, que ellos eran los únicos a los que no los llevaban de campamento. Y protestaron, no sin razón. Lorena admite la falta, pero la aprensión tenía fundamento: ¿cómo hacer con el tema del consumo? Imposible pensar en los participantes del “núcleo duro” del proyecto, entre 10 y 12, sin un porro al lado. La solución fue salomónica: que fumen... pero con sentido común, que el consumo no afecte la convivencia.

Para los participantes del grupo y para el equipo, esos tres días de verano entre Laguna Negra, Santa Teresa y Cabo Polonio, están entre los recuerdos más hermosos de sus vidas.

Tanto como ese “churro” de más fumado casi a escondidas — todo lo escondido que puede ser entre gente acostumbrada a percibir el olor a marihuana a un kilómetro—, ese asado, esas tres botellas de vino “prolijo” de tres cuartos con los que los responsables de El Abrojo quisieron aportar al momento, esas dos botellas de vino afrutillado más peleador con que Fabián los quiso retribuir, esa caminata de la ruta al Polonio, por las inmensas dunas y al rayo partido del sol, ese chapuzón glorioso al final de la travesía...

Dolores

Ni la risa de Fabián ni la emoción de Matías ocultan cierta postura a la defensiva de ambos. Aflora fácil. En un encuentro internacional de organizaciones uruguayas, argentinas y brasileñas que trabajaban con una óptica parecida a El Abrojo, allá por 2003 y en el Edificio Libertad, Fabián se cruzó fuerte verbalmente con una mujer que los trató de “drogadictos enfermos”. “Yo en ese momento trabajaba 12 horas por día. Fue como si me metieran no el dedo, la mano entera en el traste. Le dije que lo único enfermo que había en casa era mi heladera, porque luego de fumarme un porro la asaltaba.” En realidad, le dijo un montón de cosas más.

La estigmatización es por hábitos y por geografía. “Hoy por hoy, si decís que sos de Casavalle, poco menos que sos parte de una narcobanda”, dice Matías, que vive en San Martín y Aparicio Saravia, pleno Los Palomares. “A mí me gusta trabajar. Y de las 540 casas que hay ahí, 536 son de gente trabajadora. Por dos o tres familias, o por 10 o 15 gurises, el barrio está estigmatizado.”

Matías está al tanto de las noticias: 540 son las casas detectadas en la Unidad Misiones —verdadero nombre de Los Palomares—, según el censo realizado este mismo año, para la demolición de viviendas irregulares y la llegada de los ser-

vicios estatales al lugar. “Tarde se dieron cuenta de que había que ajustar las clavijas ahí”, ironiza.

La experiencia de Barrilete tenía fecha de vencimiento. Desde el inicio, se supo que este proyecto, como todo proyecto, un día se iba a ir. Se iba a quedar el vagón como recuerdo. La comunidad tenía que decir cómo se adueñaba de él. Una vez terminó este programa de El Abrojo, la comunidad reaccionó destrozando al vagón. Darlo vuelta pese a su tonelaje para robarle las ruedas de hierro y el bronce de los frenos, prenderlo fuego...

“Eso fue feo”, dice Matías. “Esta gente apostó al barrio y resultó eso, imagínate nomás la fuerza que tiene la droga.” A él le quedó grabado un recuerdo de los buenos tiempos, esos que le abrieron un poco la cabeza y le hicieron ver algo de luz. “Un día trajeron pintura para el vagón. Yo no sabía mucho qué hacer, así que me subí al techo y pinté la bandera de Uruguay. Todo el techo. Y luego... ¿viste que en el piso de la Intendencia hay una foto enorme de Montevideo tomada desde el cielo (sic)? Bueno, yo fui a buscar a Burgues y Saravia. Y ahí estaba... la bandera que pinté yo.”

